

RAMIRO LEDESMA RAMOS: LA CONCIENCIA OPERANTE DE LAS JUVENTUDES

Un filósofo apasionado

«Ramiro encuentra en la política la misión que ya no le ofrecía la ciencia, pues no acertó jamás a vivir sin pasión, y es conmovedor verlo con frecuencia buscando normas frías de expresión para ocultar la infinita ternura que bullía en su corazón de hombre fuerte» (1).

Ramiro Ledesma, estudiante de filosofía, precoz en su concentración meditabunda, no encuentra, ni en las de cátedra ni en la bibliografía que se le recomienda, una explicación del mundo que satisfaga a su mente exigente. No encuentra tampoco en ellas la huella de ningún camino viable para llegar adonde pretende. El sectarismo de la cátedra le oculta celosamente toda la filosofía griega y la escolástica. El joven estudioso se encuentra solitario ante Descartes, Heidegger y toda la filosofía moderna, que, sin darle ninguna solución positiva, sólo consiguen formarle indeleblemente en dos actitudes formales: el culto a la violencia para conseguir la victoria sobre los falsos valores burgueses; y el desprecio — oculto muchas veces por prudencia— por la moral y el dogma católicos. Este párrafo de su *Discurso a las Juventudes de España* es suficientemente revelador:

«La revolución nacional es empresa a realizar como españoles, y la vida católica es cosa a cumplir como hombres, para salvar el alma. Nadie saque, pues, las cosas de quicio ni las entrecruce y confunda, porque son en extremo distintas. Sería angustiosamente lamentable que se confundieran las consignas, y esta coyuntura de España que hoy vivimos se resolviera como en el S. XIX, en luchas de categoría estéril.

»España, camaradas, necesita patriotas que no le pongan apellidos. Hay muchas sospechas —y más que sospechas— de que el patriotismo al calor de las Iglesias se adultera, debilita y carcome. El yugo y las saetas, como emblema de lucha, sustituye con ventaja a la cruz para presidir las jornadas de la revolución nacional» (2).

Macipe López nos describe con gran realismo su problemática interior: «Imaginad un muchacho que se entrega con pasión al estudio de los sistemas filosóficos que brotaron de la Ilustración; imaginad que, carente de una cultura profunda en lo que atañe al mundo clásico, sin conocer griego ni latín, se entrega con ahínco al estudio de la filosofía moderna que empieza en Descartes y acaba, al menos para Ramiro, en Martin Heidegger; como las preocupaciones o incertidumbres que comporta la filosofía moderna encuentran el alma de Ramiro en carne viva, dejan su huella profunda y su inquietud todavía más profunda en aquel muchacho apasionado que se entrega con frenesí al estudio y a la meditación. Pero, como la filosofía de la antigüedad, Grecia está ausente y lo mismo ocurre con la filosofía escolástica, Ramiro se encuentra inerte en medio de un mundo tan revuelto y complejísimo como el que va urdiendo paso a paso la filosofía de nuestro tiempo» (3).

Ramiro, igual que José Antonio, siente cierta admiración por Ortega, maestro por otra parte de toda aquella generación española; a través de él, por la escuela de Marburgo; y, por fin, por Heidegger:

«Una ilustre figura española suscita todas sus simpatías: la de D. José Ortega y Gasset. La admiración leal y fervorosa por Ortega no compromete en Ramiro aquella libertad de reacción y de crítica que constituye siempre lo más valioso de su espíritu (...) A través de Ortega, llega Ramiro a un lejano influjo de la escuela de Marburgo, primera etapa de su pensamiento filosófico. Muy pronto, el estudio de más recientes tendencias le sustrae de la atracción neokantiana. M. Heidegger fue, desde entonces, la más honda devoción filosófica de Ramiro» (4).

Ramiro Ledesma llega por este camino a la formulación de una moral nacional y revolucionaria que es comprensible que atrajese en aquel momento, entre otras personas, a algunos de los primeros militantes del comunismo español:

«Hay una moral del español que no obliga ni sirve a quien no lo sea. Sin ella, bien

poco haremos. Precisamente, es el servicio a una moral así, y la aceptación de ella, lo que nutre la existencia histórica de las Grandes Patrias. Y es en los períodos en que esa moral es abandonada, desconocida, cuando los pueblos caen en degradación y en esclavitud. Pues se quiebra su existencia, se debilita su voluntad histórica de vivir, y tal coyuntura coincide siempre con la subordinación económica y política a otros pueblos.

»España tiene que aposentar su unidad y su vigor sobre las anchas espaldas de una moral nacional, optimista y rígida.

»El servicio a España y el sacrificio por España es un valor moral superior a cualesquiera otros, y su vigencia popular, su aceptación por todo el pueblo es la única garantía que los españoles tenemos de una existencia moralmente profunda. ¡Ah, el gran crimen de no aceptar ese sacrificio, de negarse y de hurtarse a él! Los pueblos sin moral nacional no son nunca libres» (5).

Para Ramiro lo que domina la política es la mera *praxis*. La moral está a su servicio; y la moral nacional está al servicio de la revolución nacional. Resulta consecuente, por tanto, la definición que nos da de política: «La política, dice en la Nota Previa al *Discurso*, y expresar esto no supone invento alguno original, es un arte y sobre todo una estrategia». Y en otro lugar dice: «Política, en su mejor acepción, es el haz de hechos que unos hombres eminentes proyectan sobre su pueblo».

No es, por tanto, casual su admiración por Maquiavelo y «por el mundo sutil y refinado de su política», que desarrolla en el artículo publicado el 15 de octubre de 1928 en *La Gaceta Literaria*. Es también coherente al expresar su admiración por el Renacimiento, en detrimento del Medioevo: «El Renacimiento es para mí la época de las épocas. Nuestra más inmediata y valiosa tradición. El espectáculo del Renacimiento es la plenitud del mundo (...) La época tétrica y oscura del medioevo es el gran pecado del hombre» (6).

El Renacimiento significa, para él, el dominio del hombre sobre la naturaleza, de un modo autárquico e independiente de todo sentido trascendente: sólo cuenta el humanismo integral, como deseo vital del hombre total. El Medioevo es la época en que el hombre está sujeto a «obscuras mediatizaciones». Su mismo biógrafo anota su gran preocupación por la «exaltación del poder de la voluntad humana».

El mundo queda, pues, en manos de la violencia. Podríamos decir que así como Marx profesó el materialismo económico, Ramiro profesó el materialismo guerrero, junto a un panteísmo estatal apenas matizado: «Todo el poder corresponde al Estado», dice en el primer punto de su Manifiesto de febrero de 1931.

Me parece que incluso se podría aplicar a Ramiro el apelativo que recientemente ha creado Raymond Aron: el *idólatra de la Historia*, que es el individuo «seguro de actuar frente a un solo porvenir válido» y que «no ve ni quiere ver en el *otro* más que a un enemigo que eliminar, despreciable desde que es incapaz de desear el bien o de reconocerlo». Quizá éste sea también un juicio injusto. Pero me parece indiscutible —a través de la lectura de sus obras— que Ramiro transitó siempre por la política con juicios globales, etiquetadores, violentos y, en el fondo, un poco clasistas. Rara vez puso de manifiesto la finura matizadora y humana que, en cambio, tenía siempre presente José Antonio, y que se pone de manifiesto, por ejemplo, en estas palabras que dirigió a Covián, jefe de la primera línea falangista en Oviedo, poco después de la Revolución de octubre de 1934:

«No te aproveches de tu fuerza para convertirte en un matón. Los matones y los chulos están en la otra banda. Nosotros sólo nos pegamos cuando hace falta y de frente. Y siempre contra grupos más numerosos. ¿Eh, Covián?, más numerosos. Que no crean que te pegas por gusto, ni aprovechándote de tu fuerza» (7).

El mismo Solzhenitsyn aprovechó el discurso que envió a Estocolmo con motivo de la concesión del Premio Nobel de Literatura, para hacer un fuerte alegato contra la violencia:

«La violencia (...) está íntimamente asociada a la mentira, por el más estrecho de los lazos naturales. La violencia encuentra su único refugio en la mentira, y la mentira su único apoyo en la violencia. Todo hombre que ha escogido la violencia como medio, debe escoger la mentira como regla. Al principio, la violencia actúa al aire libre, incluso con orgullo. Pero cuando está firmemente establecida, siente que el aire se

rarifica a su alrededor, y no puede sobrevivir sin penetrar en una niebla de mentiras, disfrazándolas bajo palabras dulzonas. La violencia no siempre corta cabezas; más a menudo exige sólo un acto de sometimiento a la mentira, una complicidad» (8).

* * *

Paralelamente a este enfoque, aparece en Ramiro otra idea clave: se trata de su concepto de la juventud como fuerza mundial revolucionaria del S. XX, a través de lo que él llama la *conciencia operante de las juventudes*: «El sujeto histórico de tales momentos —los revolucionarios? , el brazo impulsor y realizador de ellos es lo que denominamos la conciencia operante de las juventudes» (9). Esta idea cuajó después en uno de los puntos del Manifiesto Político de las J.O.N.S.: los cargos de cierta importancia deberán ser desempeñados por españoles menores de cuarenta y cinco años.

«Ocurre, sigue en el *Discurso*, que el burgués carece en absoluto de capacidad para las tareas políticas rectoras. Es el tipo social menos propio y adecuado para el ejercicio del poder político. Le falta por completo el sentido de lo colectivo, el espíritu de la comunidad popular, la ambición histórica y el temple heroico.»

En resumen, Ramiro es un hombre joven que siente bullir su alma con la inquietud filosófica, que no encuentra en esta disciplina un muro suficientemente fuerte que le permita remansarse y, en consecuencia, se desborda en la acción política. Pero si la acción política se asimila prácticamente a la violencia revolucionaria, es lógico que sólo las juventudes sean capaces de dirigir esta acción. La burguesía es un estamento social que Ramiro rechaza en la nueva fase del mundo. Se trata de conseguir una época de esplendor, que sólo puede conseguirse a base del heroísmo y la temeridad juvenil.

Cada vez puede verse con mayor claridad la diferencia existente entre Ramiro y José Antonio. El primero llega al Estado Nuevo a través de una superdemocracia (como llamaba José Antonio al nacionalsocialismo y al comunismo ruso); José Antonio, en cambio, a través de una purificación de la aristocracia. Ramiro queda anclado en el idealismo alemán; José Antonio lo trasciende con un espíritu netamente aristotélico.

Mientras José Antonio destaca siempre y especialmente el respeto a la dignidad y a la libertad del hombre, el amor por la norma y por la belleza, el sentido del deber cotidiano, para Ramiro parece contar sobre todo el gesto heroico, los momentos sublimes, la entrega total a un ideal... No hay más que comparar los textos suyos que he ido citando con las ideas contenidas, por ejemplo, en dos de los artículos publicados por José Antonio en diciembre de 1930 y de los que ya he hablado: «España: la lanzadera duerme en el telar» y «El milagro de la Guardia Civil». O comparar el concepto de *unidad de destino en lo universal* de José Antonio, o la *posesión clara y animosa de un mismo espíritu nacional* de Onésimo Redondo, con el planteamiento y la justificación que hace Ramiro de la revolución nacional en la revista *JONS*..:

«Habrà, pues, que hincharse de coraje, de razón y de voluntad y, luego, a flechazo limpio, dar a todos una orden de marcha, imperativa y férrea, a salvarse, quieran o no, tras la Patria, el Pan y la Justicia, según reza la consigna central y fundamental de las J.O.N.S.»

El binomio nacional-sindicalista

La gran aportación de Ramiro a Falange Española de las J.O.N.S. es el binomio de la revolución nacional-sindicalista, que defiende, convencido de su íntima e irreductible unidad, y que ha constituido uno de los fundamentos más permanentes de la ideología falangista. Los dos objetivos esenciales de la revolución son el ideal nacional y la justicia social: «Lo nacional y lo social fueron cosas inseparables; el hecho de haber acuñado desde el primer momento como fin de sus tareas, el sindicalismo nacional lo corrobora sin dejar lugar a duda alguna» (10). Es, en efecto, inútil hablar al pueblo de ideal nacional mientras la nación esté dominada por unas minorías que acaparan las rentas; y la revolución social, por su parte, no puede en absoluto ser obra de ninguna clase, ni de ningún grupo, sino de la nación entera,

presente en los órganos representativos del Estado. Es precisamente Ramiro quien acuña la fórmula de *sindicalismo nacional* y posteriormente de *nacionalsindicalismo*:

«He aquí esas dos palancas (las dos únicas palancas hoy de veras eficaces para hacer de España lo que esta generación debe conseguir que sea: una Patria justa, grande y liberadora): una, la idea nacional, la Patria como empresa histórica y como garantía de existencia histórica de todos los españoles; otra, la idea social, la economía socialista, como garantía del pan y del bienestar económico de todo el pueblo.

»Me cupo al parecer la tarea de unificar estas dos banderas, dotarlas de los símbolos emocionales necesarios y señalar y poner las piedras primeras de una organización que las interpretase. Todo esto ya está ahí, anda por España, y creo que de un modo insoslayable y visible. Son las J.O.N.S.» (11).

La realización de este ideal nacional y social debe ser el primer objetivo de todo político. Hasta el día de hoy han fracasado en ello todos los regímenes españoles: unos ni se han planteado la necesidad de llevarlo a cabo; otros lo han visto claro pero no han poseído los medios suficientes. Tal fracaso de España —y enlaza Ramiro con la tesis expuesta anteriormente— se ha debido a que ha sido siempre la burguesía la llamada a ocupar la dirección del país. Se ha comprobado su inutilidad. Es preciso, por tanto, acudir a las juventudes nacionales para que, rotos los lazos con el pasado, se lancen por el camino descubierto: la Revolución Nacional.

* * *

La tesis de la revolución nacionalsindicalista va naciendo en la mente de Ramiro, en sus años de estudiante, durante la dictadura de don Miguel Primo de Rivera. Como el hijo del Dictador, descubre también él, en su sistema político, el germen de su formulación posterior. Cuando en el año 1931, en el número 2 de *La Conquista del Estado*, nos da su opinión sobre el General destaca precisamente su lucha contra los viejos valores que debían enterrarse ya: «Hombre que no resolvió nada, pero que tuvo la magnífica iniciativa de vocear y hacer contra todos los viejos valores que aquí se adoraban como mitos.»

Pero al mismo tiempo condena la falta de atención que le hizo descuidar, si no la justicia social, sí la formulación de un ideal nacional. Por ello el pueblo, que le acogió con entusiasmo al principio, le fue abandonando poco a poco, y muy especialmente los intelectuales, con los cuales, por otra parte, no se atrevió a enfrentarse nunca abiertamente.

En los últimos meses de la Monarquía, acercándose ya las elecciones, inició la publicación de *La Conquista del Estado*, reuniendo en el grupo que llevaba el mismo nombre, a unos cuantos compañeros suyos que compartían sus mismos ideales. Al principio, *La Conquista del Estado* tuvo una significación intelectual claramente revolucionaria. Posteriormente empezó a hacer labor de captación, en la que no descuidó los ambientes marxistas y proletarios, y ni siquiera la U.G.T. y la C.N.T.:

«La mayoría de los que formábamos *La Conquista del Estado* y luego las J.O.N.S., habíamos sido y casi éramos aún socialistas, liberales, intelectualistas de casas humildes y hasta algunos proletarios. La línea que nos separaba del enemigo era tan confusa aún que más de dos, más de tres, se nos pasaron al otro lado con mucha más desenvoltura que después se pasaron los rojos a nuestras filas. Uno no sabía bien dónde terminaba nuestro marxismo y dónde empezaba nuestro fascismo» (12).

A fines de este mismo año de 1931 se llegó a la unión con las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica de Onésimo Redondo, que estaban especialmente extendidas por las zonas campesinas de Castilla y León. Aportaban un hondo sentido popular, un cierto calor confesional y algunos valores tradicionalistas, a los que Ramiro jamás había recurrido. Las J.O.N.S., nombre de la nueva entidad, quedaron, sin embargo, dominadas en buena parte por los hombres de *La Conquista del Estado*, que les dieron un tono eminentemente proletario. En seguida se convirtieron en una fuerza de primera línea, numerosa y potente, contra el marxismo y el liberalismo. En su Manifiesto Político, las J.O.N.S. se definieron así:

«Las J.O.N.S. nacen precisamente en virtud de esa sospecha nuestra de que no

existe en el panorama político fuerza alguna que garantice la defensa de los ideales hispánicos. No nos resignamos a que perezcan sin lucha los alientos de España, ni a que se dé los mandos de la nación a hombres y grupos educados en el derrotismo y en la negación (...)

Nuestro partido aspira a constituir una barrera infranqueable contra los asaltos extranjerizantes del socialismo y contra la bobería mendaz del liberalismo demócrata. El empuje de las Juntas se nutrirá de afán nacionalista con odio implacable contra los ideales y los grupos que han hecho de nuestro gran pueblo un pueblo ineficaz, sin alientos ni coraje para nada.»

A mediados de 1934 escribía Onésimo en *Libertad*:

«¿Qué son las J.O.N.S.? Una idea, una ilusión de libertad española y un horizonte de Justicia y de Imperio.

»Pero es también, antes que nada, una milicia española.

»Donde haya un puñado de cuatro hombres armados e instruidos, resueltos a defenderse del marxismo, hay una J.O.N.S.»

Es significativo que sea Onésimo quien firme este párrafo. Difícilmente podría haberlo escrito Ramiro, especialmente su primera frase: siempre concedió la prioridad a otros valores.

Las J.O.N.S. siguieron manteniendo el viejo espíritu de *La Conquista del Estado* y sus miembros continuaron reclutándose especialmente entre los viejos marxistas y entre los intelectuales de tono socialista. Lo dice el mismo Ramiro en *JONS* en 1932:

«Las filas revolucionarias de las J.O.N.S. no deben nutrirse más que de españoles que van llegando día a día con su juventud a cuevas o de luchadores militantes desilusionados del revolucionarismo marxista. En nuestra revolución tienen que predominar estas dos estirpes. Sólo así alcanzará sus objetivos verdaderos.»

El 13 de febrero de 1934 se firmó en Madrid la unión con la Falange de José Antonio. Con ello nacía la Falange Española de las J.O.N.S., que reuniría en su seno a todos los antiguos militantes de las tres organizaciones anteriores. Contadísimos fueron los que vieron mal la unión y desertaron. En cambio, la potencia de la nueva organización, el interés que despertó, la jefatura —más tarde— de José Antonio, fueron elementos claves para un progresivo y espectacular aumento del número de afiliados.

El 4 de marzo del mismo año tuvo lugar en Valladolid, en el Teatro Calderón, el acto de constitución pública. Se preparó el día a conciencia y por la tribuna instalada en el escenario, y ante miles de miembros del naciente movimiento, hablaron los tres miembros del Triunvirato y algunos de los más viejos camaradas. Aquella misma jornada, especialmente a la salida del Teatro, donde se entabló una dura lucha con los militantes izquierdistas, destacó ya la figura de José Antonio como Jefe único e indiscutible, como señala Francisco Bravo en su *Historia de Falange* y omite, en cambio, Macipe López en su estudio sobre Ramiro Ledesma. Tardaría, sin embargo, bastantes meses en legalizarse la sustitución del Triunvirato por la Jefatura Nacional de José Antonio.

Es de notar que en aquellas fechas se escogió todavía Valladolid como lugar del mitin: efectivamente, conservaba todavía la mayoría numérica de militantes y el peso moral de su tradición nacionalsindicalista. Poco después la vida de Falange se centraría ya en Madrid.

El espíritu jonsista influyó, desde este momento, en Falange Española de las J.O.N.S. Si bien los militantes de las Juntas, cortados según el mismo patrón de Ramiro, influyeron menos que los primeros falangistas, por su número o por su escasa formación, en los altos puestos de la Jefatura Central, hubo siempre una cierta tensión entre el espíritu de José Antonio —su concepto de la libertad y su visión del mundo— y el de las J.O.N.S. Es cierto que los fines políticos de ambos movimientos eran casi idénticos, y por esto se llegó fácilmente a la unificación, pero no lo eran tanto los medios que ambos preconizaban ni sus concepciones de la vida. José Antonio receló siempre de Ramiro, hasta llegar a su expulsión —o salida voluntaria— de la Falange en 1935, si bien volvió a ingresar muy pronto, en mayo del mismo año, debido a una serie de circunstancias complicadas. Durante los meses que estuvo alejado de la política, Ramiro aprovechó para escribir el *Discurso a las Juventudes de España*, en donde muestra con tonos muy radicales sus tesis más importantes. Dice en

la *Nota Previa* al libro: «Este libro ha sido escrito durante las justas semanas que he permanecido al margen del movimiento por diferencias irresolubles con quienes en él predominan hoy, y es hijo, por tanto, de un período en cierto modo alejado de la política activa... El momento mismo en que he dado fin al libro coincide con el de mi reintegración a la política militante».

Notas:

(1) AGUADO, Emiliano: «Ramiro Ledesma y su tiempo», en *Levante*, 23 de septiembre de 1939.

(2) LEDESMA, Ramiro: *Discurso a las Juventudes de España*. Ed. Falange Española. Barcelona, 1942. Pág. 131.

(3) MACIPE, Antonio: *Ramiro Ledesma, fundador de las J.O.N.S.* Ed de la Vicesecretaría de Educación Popular. Madrid, 1941. Pág. 14

(4) MONTERO, Santiago: Prólogo a la obra citada de Antonio Macipe. Págs. XIV y XX.

(5) *Discurso...*, págs. 78 y 79.

(6) «Un griego», en *La Gaceta Literaria*, 1 de septiembre de 1928.

(7) DEL RÍO CISNEROS, Agustín y PAVÓN PEREYRA, Enrique: *José Antonio íntimo*. Ed. Del Movimiento. Madrid, 1968. Pág. 345.

(8) El texto íntegro de este discurso fue publicado, en su versión francesa, por el semanario *L'Express* (4-10 de septiembre de 1972).

(9) *Discurso...*, pág. 149.

(10) MACIPE, Antonio: obra citada, pág. 60.

(11) *Discurso...*, pág. 20.

(12) GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Camisa azul y boina colorada*. Ed Los Combatientes. Madrid, 1939.

[Texto extraído del capítulo 2º, de libro de Francisco Martinell Gifre. *La política con alas, José Antonio, Ramiro y Onésimo desde una perspectiva actual*. [p. 71 – 86] Ediciones del Movimiento, Madrid, 1974. 198 p.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 27